



DON ARTURO ALESSANDRI PALMA, el ilustre político que en las elecciones del domingo pasado, obtuvo un brillante triunfo en su lucha por la Presidencia de la República. El sentir del país entero quedó plenamente exteriorizado al elegir a su futuro Presidente. Chile podrá tener los días de paz, orden, trabajo y prosperidad que anhela desde tan largo tiempo.

ALESSANDRI ungido PRESIDENTE

En una de las mesas
ubicada en el edificio
de la Municipalidad,
el señor Alessandri
deposita su cédula.
¿A favor de quién
sería?



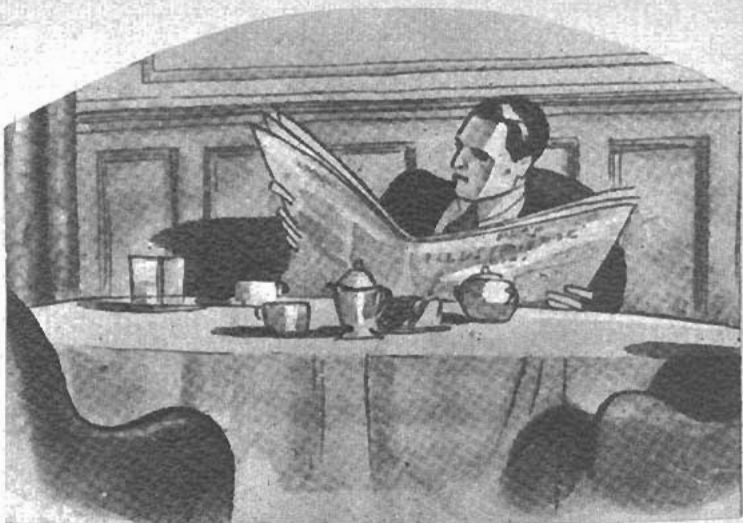
El señor Eleazar Vergara,
un alessandrista convenci-
do y entusiasta, en cuyas
manos estuvo la dirección
de la campaña de prensa
antes de la elección.

En los momentos
en que nos encon-
trábamos con el
señor Alessandri,
un grupo de uni-
versitarios llega a
felicitarlo por su
espléndido triunfo.
El candidato elec-
to agradece y ac-
cede a posar con
ellos.



Antes de medio-
día, el candidato
presidencial, señor
Alessandri, se di-
rige acompañado
de algunos dirigen-
tes de su campaña,
a depositar su vo-
to en la urna elec-
toral.

Su Majestad el Público



El periódico moderno quiere ser escrito por sus lectores. Es el medio más eficaz para conquistar un público vasto, fiel, apasionado y generoso. Generoso sobre todo. Nadie vacila al dar una moneda por un periódico que publica un párrafo propio. Leerse es uno de los nuevos placeres de la vanidad. La literatura propia, es siempre la más seductora, la más expresiva, la más liviana y la más intensa. No es un defecto únicamente de los escritores la vanidad literaria. Es de todos. Hombres terriblemente prácticos, que parece que no se elevan más allá de las equivalencias del cambio bancario, enrojecen de alegría al leer su nombre impreso, en una lista de telegramas sobrantes. La letra de imprenta produce vértigos. Y el periódico moderno lo sabe.

El público, pues, será el nuevo redactor. Su pluma poseerá todas las seducciones. Los triunfos que no alcanzaron los talentos más claros, serán suyos.

No es exageración. Para verlo, basta con que desdoblemos un diario.

Las encuestas están de moda. Una pregunta cualquiera sirve para atraer centenares de respuestas. Todos, precipitadamente, opinan. Los empleados de las redacciones apenas alcanzan a ordenar las cartas y a disimular los más fieros errores gramaticales. No importa que las respuestas sean vulgares, descoloridas, confusas; lo esencial es que estén firmadas y que sean breves, para que en el periódico aparezca el mayor número de nombres. Cada nombre representa un lector, un propagandista y un amigo del diario. Los innumerables autores repartirán ejemplares y mirarán con ardiente simpatía esas columnas en donde un día figuraron sus palabras.

Además, este material suministrado por los lectores, no hay que pagarlo. El público es un redactor que no pide sueldo, que no compromete a la Dirección con artículos violentos, que no se enferma, que no se atrasa en las mañanas de lluvia, que no tiene rivalidades con el personal y que no discute atronadoramente en las oficinas de redacción. Es, simplemente, ideal.

Perlo hay que decir la verdad. No es que la moderna empresa periodística se preocupe únicamente del éxito económico. Es que al lector ya no le interesan los artículos ajenos.

El espíritu democrático, que nos va acostumbrando a intervenir en todo, ha llegado al periódico. Y cada ciudadano puede ocupar unas líneas para opinar acerca del último movimiento político, o para contarnos que le dan mareos cuando ve los ojos azules de la vecina. No la del frente, sino la de más allá...

La democracia, al proclamar la igualdad de todos los hombres ante la ley, ha creado—

idolátrico de la igualdad. El hombre más torpe y ruin se considera semejante al santo y al pensador. Y si el Estado les reconoce a todos los mismos derechos para intervenir en la dirección del país, cree que la naturaleza los ha dotado a todos también de las mismas capacidades para concurrir a la lucha por la vida.

Cada ciudadano se considera apto para gobernar una región, para apreciar un estudio científico, para percibir una obra de arte. Y el periódico que es el reflejo más fiel de su época, tiene forzosamente que ser afectado por el error común. Y sus columnas han de recoger desordenadamente sus ideas, los caprichos, las observaciones y los apasionamientos de la multitud.

Nos dicen:

—Eso que ustedes afirman es un absurdo, es una monstruosidad. Ello significa la muerte del periódico.

Es verdad que es un absurdo, que es una monstruosidad. Pero a nosotros no nos interesa manifestar hasta qué punto nos es repulsivo el espíritu igualitario. Nos limitamos a exponer una de sus consecuencias más pequeñas, más inmediatas.

El periódico no podrá morir. Nadie se atreve a calcular su poderosa vitalidad. Pero esta crisis será peligrosísima. Durante muchos años sus páginas aparecerán abrumadas por las pequeñas vulgaridades que redactan, entre desesperaciones, los lectores.

El público irá confesando, por medio de lánguidas encuestas, cuáles son sus boxeadores favoritos, qué libros lee, a qué hora despierta, qué habría deseado ser, cuál es el recuerdo más interesante de su vida. Todo lo irá relatando con una sinceridad conmovedora y cuando haya terminado su última confesión, quedaremos convencidos de que sus opiniones y sus preferencias carecen de interés.


Y el público, ese redactor infatigable y juicioso, que escribió tantos párrafos incoloros y vacíos, acabará por abandonar el diario. Se marchará silenciosamente, como un empleado que ha cometido una barbaridad muy grande,— ha roto un jarrón japonés, ha dado un beso a la señorita, ha sustraído la cartera del señor,— y ha sido sorprendido.

Y terminarán las encuestas. El honorable vecino ya no podrá decir sinceramente en un periódico cuál es su ideal de esposa, o por qué le gustan los ojos pardos. Y en caso de que no pueda contenerse de publicar sus preferencias, aparecerá la confesión sentimental en los avisos económicos, entre las señoras respetables que arriendan piezas sin pensión.

EL REGRESO de los DESTERRADOS

Antes que la pasarela fuera tendida, nuestro fotógrafo cumple su misión. En el puente del barco, el coronel Grove, su hermano Jorge, don Eugenio Matte H. y algunos periodistas porteños, posan especialmente para nuestra revista.





Don Eugenio Matte, fundador de la "NAP" y brazo derecho del señor Grove en sus días de Gobierno, es obligado a dirigir la palabra a la multitud que aplaudía rabiosamente a sus candidatos.

Tal era la multitud, que desde la Plaza Argentina y mirando en dirección hacia la Alameda, la vista se perdía en esa verdadera ola humana.



Antes que la pasarela fuera tendida, nuestro fotógrafo cumple su misión. En el puente del barco, el coronel Grove, su hermano Jorge, don Eugenio Matte H. y algunos periodistas porteños, posan especialmente para nuestra revista.



Desde mucho antes de la hora anunciada para que el barco atracara al muelle, una multitud entusiasta e incontenible, invadió los recintos de la Aduana, esperando la llegada del "Castro", a bordo de cual el coronel Grove y compañeros de exilio, regresaron al continente.



Al pie del monumento a Blanco Encalada, la multitud se apretuja para escuchar el programa de trabajo que ofrece el candidato, si las urnas le son favorables. "Domiciliar al pueblo, vestir al pueblo, dar trabajo al pueblo", es el resumen de su credo socialista.



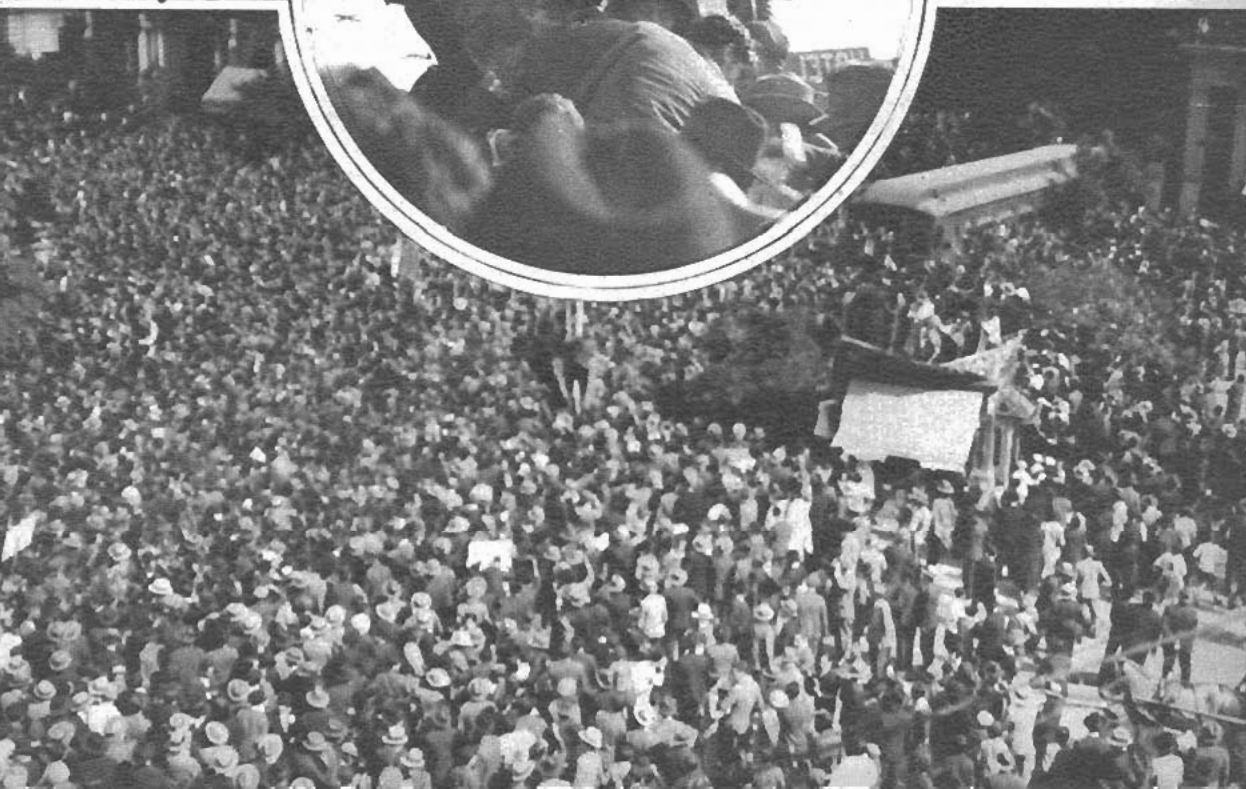
Para evitar, no incidentes, sino accidentes, fué necesario poner tropas de marinería en el recinto de los Arsenales de Marina.

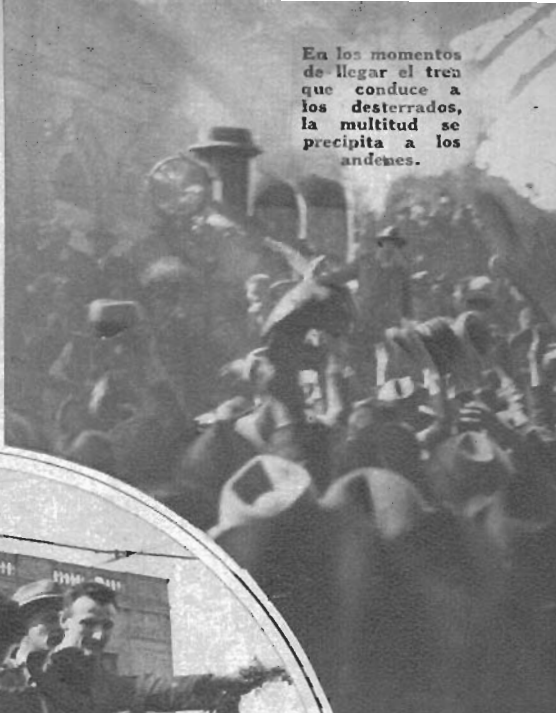


Era tanto el entusiasmo, que todos los sitios se utilizaban para contemplar la llegada de los desterrados. Gente encaramándose por las rejas de las estaciones.



Con grandes precauciones debe avanzar el tren por la calle Matucana, pues la multitud entusiasmada, ha invadido todos los sitios, saltando sobre los cierros.





En los momentos de llegar el tren que conduce a los desterrados, la multitud se precipita a los andenes.



El entusiasmo de los grovistas, no media el peligro. Postes, faroles, techos, árboles, incluso las arcadas y hasta el mismo reloj de la Estación Central, fueron sitios "cómodos" para presenciar la llegada del candidato.

Rodeado de sus partidarios, el camión que conduce a Grove y Matte avanza dificultosamente por la Alameda en dirección a la secretaría del Comité Ejecutivo que dirigió la campaña.

Al asomar el carro que conducía a Grove, se produjo un estallido de entusiasmo en la estación, donde todos los esfuerzos fueron impotentes para contener a la multitud.





Inmediatamente de llegar los desterrados a la secretaría del Comité Ejecutivo, la multitud se apretuja por escuchar los discursos de sus líderes.



La familia del señor Eugenio Matte Hurtado espera la llegada del convoy en los andenes de la Estación Mapocho.



Una nota altamente simpática fué la que dieron las mujeres grovistas, quienes esperaron a los desterrados, con estandartes y flores.